

BEAH RICHARDS

HABLA UNA NEGRA *
A BLACK WOMAN SPEAKS

Es justo que yo, una mujer Negra, hable de las mujeres blancas.
Mis esposos, mis padres, mis hermanos, mis hijos, mueren por ellas, por su causa.

Y la sangre de todos ellos, congelada en la silla eléctrica, detenida por la soga del verdugo, recalentada por el fuego de los linchamientos, derramada por el deseo de los defensores de la supremacía blanca¹ de asesinar en beneficio propio, me da derecho a hablar.

Me gustaría poder hablar de las mujeres blancas como pudieran y debieran ser, cuando con dignidad se pongan en pie de igualdad.

Pero entonces, una mujer será una mujer, vacía de color y clase, y mi discurso será agua pasada. Por fortuna, pasada.

Pero ahora, ya que se considera algo especial, ¡supremo!
tengo la obligación, con total honestidad, de anunciar qué me parece.

Las mujeres blancas se yerguen sobre faldas ensangrentadas y esclavitud, tendiendo sus manos adúlteras, matando a los míos y aplastándome a mí.

¿Qué es, pues, esta cuestión superior que para sostenerse ha de alimentar sus necesidades de mi carne?

¿Cómo llegó a suceder este horror?

Echemos un vistazo a la historia.

Los defensores de la supremacía blanca dijeron que eras mejor que yo.

Que tu pálida frente nunca conocería el sudor de la esclavitud.

¡Mentían!

También la mujer blanca está esclavizada; la diferencia es de grado.

A mí me trajeron encadenada.

A vosotras os trajeron esclavas del hombre con vuestro consentimiento.

A vosotras.

Cargamentos de mujeres, cada una con la esperanza de ganarle

* Traducción de Araceli González Crespán.

1 Ideología que sostiene la superioridad de la raza blanca con respecto a otras razas.

con labios de rubí
 y rizos insolentes
 y ojos brillantes y seductores
 para casar con el más rico.
 ¿Os acordáis?

Y os vendieron aquí como me vendieron a mí.
 Hermanas, no es ocasión para la burla.
 Como contaron mis dientes, tasaron vuestros muslos.
 Os vendieron al mejor postor igual que a mí.
 Y no peleasteis por el derecho a elegir con quien casaros.
 Por cualquier precio de cambio que fuera moneda de curso legal,
 os vendieron a una cama extraña en una tierra extraña.
 ¿Os acordáis?
 Y no peleasteis.
 Fijaos, no hablo en broma, yo luché por la libertad;
 ahora peleo por nuestra unidad.
 Todas somos mujeres.
 Y lo que a ti te agravia, a mí me asesina... y al final marca tu tumba.
 Así que compartimos una muerte mutua a manos de la tiranía.

Me atraparon con cadenas, con escopeta.
 A ti te atraparon con lengua mentirosa, no fueras a ver esa falta,
 esa infamia que te privó de nombre, voz y autoridad,
 esa avaricia asesina que nos echó a perder a ti y a mí.
 Él, el defensor de la supremacía blanca, manipuló vuestras mentes con un
 pensamiento envenenado:
 «La piel blanca es suprema»
 Y con eso compró esa monstruosa mudanza que os desterró a meros objetos.
 Cambió el dulce provecho que la naturaleza había forjado en vosotras
 aboliendo vuestra primavera os arrancó el corazón,
 apartó vuestra bondad de lo que pudierais decir, pensar, sentir, considerar justo.
 Y no peleaste, sino que enseguida te aferraste a mi esclavitud para mejor
 soportar la tuya.
 Es verdad ...
 Mis perlas eran cuentas de sudor, retorcidas por el dolor de un cuerpo cansado.
 En lugar de anillos en las manos, lucía venas hinchadas a punto de estallar.
 Mis adornos eran las cicatrices del látigo; mi diamante, una lágrima quizás.
 En lugar de colorete y polvos en la cara llevaba una rígida máscara de miedo,
 al ver mi sangre así derramada.

Y vosotras, mujeres, al verlo, no protestasteis.
 Sino que os arrebujasteis en vuestra rosada esclavitud
 y pensasteis que mi sangre desperdiciada confirmaba vuestra superioridad.

Porque lucíais collar de oro, no os disteis cuenta de que ahogaba vuestra voz.
Porque anillos de diamantes engalanaban vuestras manos, no os lamentasteis de su forzada ociosidad.

Tampoco pudisteis ver que las pulseras de platino que embellecían vuestras muñecas eran cadenas que os ataban con fuerza a la esclavitud económica; y aunque reclamabais el nombre de vuestro esposo, no podíais contar con su fidelidad.

Le disteis hijos... yo le di hijos.

No, voluntariamente no.

A vosotras os compró.

A mí me violó.

Yo peleé.

No peleasteis ni por vosotras ni por mí.

Os mantuvisteis emboscadas en vuestra superioridad y no hicisteis un solo reproche

consolasteis el ultraje con un nuevo prendedor.

¡Dios, tan grande es el miedo de una mujer que por una piedra, una fría piedra no defiende el honor, el amor ni la dignidad!

Soportasteis la vergonzosa burla del matrimonio y acumulasteis odio hacia mí.

También mujer... además de esclava.

Y cuando tu esposo desheredó la semilla que fue mi hijo

y le separó de mí al venderlo, te sentiste vengada.

Compréndelo: yo no era el enemigo. Yo no era la fuente de tu angustia.

Yo era tu amiga.

Peleé.

Pero tú no quisiste ayudarme a luchar porque creías que solo me ayudabas a mí.

Tus ojos engañados al ver solo mi esclavitud contribuyeron a tu propia derrota.

Sí, a mí me condenaron a muerte y a ti a la podredumbre.

Tu corazón desapareció, consumido por el odio, agotado de ociosidad,

haciéndote la gran dama, exiliado a la vanidad.

Es de justicia decir que tu miedo igualaba su tiranía.

Temías amamantar a tus críos

no fueras a ofender con tus pechos caídos la vista de tu dueño

y que él huyera hacia bellezas más firmes.

Por eso me los pasaste, a tus hijos.

Carne de tu carne, sangre de tu sangre, bebieron de mí el sustento de la vida,

y mientras les daba el pecho sabía que alimentaba al enemigo de mi propio hijo.

¡Podía haber mentido!

Decirte que tu hijo estaba saciado hasta morir de hambre.

Pero no tuve corazón para matar huérfana inocencia.

Pues al comer sonreía, eructaba y ronroneaba de placer,

y en cuanto al color, no noté la diferencia.

Sí, en ese primer momento
yo di vida a tus hijos e hijas.

Pero cuando su sangre y sus huesos se fortalecieron gracias a mi leche,
les enseñaste a odiarme.

Les diste las palabras «mami» y «negra»².

De modo que esa fuerza que era mía, se volvió y me escupió,
despojó a mis hijas y mató a mis hijos.

Sabes que digo la verdad, aunque no sea verdad para todas vosotras.

Cuando disteis el gran impulso hacia la libertad, mis hijos lucharon al lado de
vuestros hijos.

Mis maridos, y también mis hermanos, cayeron en la batalla en la que murió
Crispus Attucks³.

Y cuando yo me agité por la libertad y la valiente Harriet⁴ se puso en cabeza,
algunas de vosotras tuvisteis coraje, y me ayudasteis a escapar.

¡Es una lástima que no actuaseis en pro de la JUSTICIA!

Sino para conservar la Unión⁵, y también por compasión;

¿cómo, si no, llegamos a mi situación actual?

Odiabais la esclavitud, mas aborrecíais la igualdad.

Me habría gustado que las pobres de entre vosotras hubieran advertido la
confabulación

y unido sus manos a las mías.

Al ser mayoría, podríamos haber rescatado hace mucho tiempo vuestras vidas
desperdiciadas.

¡Pero NO!

Los ricos podían estar satisfechos enriqueciéndose aún más.

Mientras los pobres pretendían, con asesina brutalidad,
convencerse de que lo falso era verdad.

Y con el KKK⁶, su cruz ardiente y su sed de sangre
decidieron demostrar que «lo blanco es mejor», olvidando su pobreza.

Los defensores de la supremacía blanca usaron así vuestras pieles
para perpetuar vuestra esclavitud.

¡Compadecedos de mí!

2 Términos derogatorios en inglés para referirse a las esclavas o criadas negras, «mammy» y «nigger» en el original.

3 Crispus Attucks (1723-1770), afroamericano reconocido como el primer mártir de la Independencia. Murió en la Masacre de Boston, bajo el fuego de soldados británicos.

4 Harriet Tubman (c. 1820-1913) fue una esclava negra emancipada que participó activamente en la huida organizada de más de doscientos esclavos hacia el Norte a través de la organización clandestina conocida como el «Ferrocarril Subterráneo».

5 En el enfrentamiento civil de la Guerra de Secesión (1861-65) la Unión de los estados del norte defendían la abolición de la esclavitud frente los estados sureños de la Confederación.

6 Ku Klux Klan.

¡Compadeceos del niño Emmett Till!⁷
¡Y compadeceos de vosotras mismas!

No es un error que vuestros cuerpos desnudos en los calendarios
anuncien las fechas fatales.
Esto es lo que han pensado para vosotras.
A esa depravación os reducirán.
Muerte para mí, y peor que la muerte para vosotras.

¿Qué vas a hacer?
¿Vas a luchar conmigo?
La supremacía blanca es tu enemigo y el mío.
Así que ten cuidado al hablar conmigo;
no me recuerdes mi esclavitud,
la conozco bien.
Háblame mejor de la tuya.
Recuerda, nunca me has conocido.
Me has visto como la supremacía blanca
quería que yo fuese.
Pero seré yo misma –
¡LIBRE!
¡JUSTICIA!
¡PAZ!
¡ABUNDANCIA!
¡para cada HOMBRE
MUJER
NIÑO
que pise la faz de la tierra!
Esta es mi lucha.
Si quieres pelear conmigo, cógeme de la mano,
para que nuestra tierra pueda ser al fin
un lugar de paz e igualdad humana.

7 El asesinato del joven afroamericano Emmet Till (1941-1955) fue uno de los detonantes del Movimiento por los Derechos Civiles en los años cincuenta del siglo veinte en Estados Unidos.